La pregunta por la vida

Nos cuenta Lucas que, en cierta ocasión,

Se levantó un doctor de la Ley, y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna? Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás». (Lc 10,25ss)

La pregunta de este doctor de la Ley hace referencia al deseo fundamental de todo hombre: la vida, vida plena y eterna, vida que se posea en herencia y no se pueda perder. Y este deseo radical responde al hecho de que el hombre ha sido creado a imagen del Dios Vivo, y lo único que puede saciar su corazón es la plenitud de vida.

La pregunta de este legista es la que ha pretendido responder la filosofía, la ciencia, las ideologías, los sistemas políticos y económicos, etc. a lo largo de los siglos. Sus respuestas han llevado a notables progresos en muchos campos, pero también han convertido la historia del hombre en un río de lágrimas y sangre. Y es que sólo la Palabra del Dios dador de vida puede responder plenamente a esa pregunta. Lo ha hecho de un modo profundo en las Escrituras de Israel. La vida plena es el tema de la Ley y los Profetas: Dios nos va diciendo, de muchos modos y de diversas maneras, cómo debemos vivir para alcanzar y poseer la vida eterna. Por eso la respuesta de Jesús al legista: *¿Qué está escrito en la Ley?*

El doctor de la Ley se manifiesta como un hombre profundo y, en muy pocas palabras, combinando Dt 6,5 y Lev 19,18b, expresa, de forma magnífica, lo esencial de la revelación de Dios a Israel. Jesús, la Palabra de Dios encarnada, certifica su acierto: *Bien has respondido. Haz eso y vivirás.*

Dios nos dice que el camino de la vida es el camino del amor. Un camino que hay que recorrer personalmente: vivir amando a Dios y, en el amor de Dios, amarnos a nosotros mismos y al prójimo.

Hay que notar la importancia que tiene el amor a uno mismo a los ojos de Dios. La naturaleza, la magnitud y la calidad del amor propio se descubre mirando el misterio

Eucarístico: si Dios Padre me ama hasta el extremo de darme a su Hijo; si Jesucristo entrega su vida por mí; si el Espíritu Santo me comunica ese amor del Padre y el Hijo, ¿cómo tengo yo que quererme a mí mismo? En cierto modo, en el Designio de Dios el amor a uno mismo articula el amor a Dios y el amor al prójimo. La moral cristiana es cuestión de amor propio: si me amo como Dios me ama no me prestaré a ninguna indignidad.

El doctor de la ley vuelve a intervenir:

29 *Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quién es mi prójimo?»*

La respuesta de Jesús inicia la verdadera revolución de la historia de la humanidad; la única revolución al servicio de la vida, capaz de edificar un mundo más humano. Pero este tema lo dejaremos para el próximo Domingo.